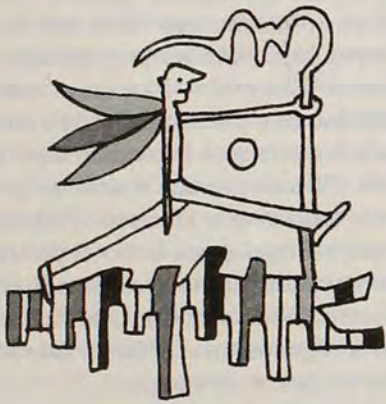


- De Greiff, León, *Antología*, Bogotá, Colcultura, 1976.
- Donaldson, Scott, *Archibald MacLeish. An American Life*, Boston, Houghton Mifflin, 1992.
- Echeverría, Evelio, reseña de *Los cortejos del diablo* de Germán Espinosa, en *Hispania* 56, núm. 3, 1973, pág. 741.
- Espinosa, Germán, *Ensayos completos, 1968-1988*, 2 vols., Medellín, Eafit, 2002.
- _____, “Epílogo necesario”, en: *Sinfonía desde el Nuevo Mundo*, Bogotá, Planeta, 1990, págs. 151-157.
- _____, *Novelas del poder y de la infamia. Los cortejos del diablo, Sinfonía desde el Nuevo Mundo, El magnicidio*, Bogotá, Alfaguara, 2006.



- _____, *La verdad sea dicha. Mis memorias*, Bogotá, Taurus, 2003.
- García Márquez, Gabriel, *El general en su laberinto*, Bogotá, Oveja Negra, 1989.
- Hernández Mora, Salud, “Germán Espinosa, un magnífico escritor a la sombra de Gabriel García Márquez”, 20 de octubre de 2007, en *elmundo.es*, 1.º de julio de 2008. Publicación digital en la página web del diario *El Mundo*, <http://www.elmundo.es/elmundo/2007/10/20/obituarios/1192902943.html>.
- Jaramillo J., Jaime Eduardo, “De lo real-histórico a lo real-literario”, reseña de *Sinfonía desde el Nuevo Mundo*, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XXVII, núms. 24-25, 1990, págs. 133-136.

Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango, <http://www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/bolet5/bol2425/real.htm>.

- Jaramillo Zuluaga, J. E., “Alta tra(d)ición de la narrativa colombiana de los ochenta”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XXV, núm. 15, 1988, págs. 71-83. Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango, <http://www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/bolet13/prueba/alta.htm>.
- MacLeish, Archibald, *Conquistador*, Alexander de Francisco (trad.), Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1960.
- Menton, Seymour, *Latin America's New Historical Novel*, Austin, University Texas Press, 1993.
- Mojica, Sarah González K. de, “*Los cortejos del diablo* y *La tejedora de coronas*: una lectura del imaginario político”, en Clara Lucía Calvo et ál., *Estudios sobre “La tejedora de coronas” de Germán Espinosa*, Bogotá, Fundación Fumio Ito, Pontificia Universidad Javeriana, 1992, págs. 115-143.
- Pineda Buitrago, Sebastián [Critic], “Conversación entre Germán Espinosa y R. H. Moreno-Durán. Bogotá, marzo de 2004” [entrada en *blog*], 16 de julio de 2007. Germán Espinosa. Los seguidores del mundo literario de Germán Espinosa 1938-2007, 30 de junio de 2008. Publicación digital en la página web del *blog* <http://maestroespinosa.blogspot.com/>
- Rodríguez, Marta y Fernando Restrepo, *Soraya, amor no es olvido* [DVD], Fundación Cine Documental, 2006.

1. Otras recopilaciones de esta época son *Quien se aleja soy yo: Poesía 1991-2000* (2001), *Sus mejores cuentos. Antología personal* (2001) y *Los oficios y los años: prosas de juventud* (2002).
2. A ello se refiere Espinosa en su conversación con Moreno-Durán (Pineda Buitrago). Véase también el obituario publicado en el periódico *El Mundo* de España (Hernández-Mora).
3. Hay algunas variaciones ligeras entre la cita del epígrafe y la traducción de

Alexander. En efecto, el segundo verso fue traducido por Alexander como “Tenebroso es el pasado: ninguno en la vigilia camina allí”. El epígrafe, además, no mantiene la división en tercetos del original.

4. Es el caso, por ejemplo, de *La nueva novela hispanoamericana* (1969) de Carlos Fuentes o de *Literatura en la revolución y revolución en la literatura* (1970) de Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar y Óscar Collazos.
5. No hay en la obra de Espinosa un número significativo de elementos provenientes de las narraciones orales, lo que él llama en uno de sus ensayos “historia[s] sin historiografía” (*Ensayos...*, t. I, pág. 75).

“Orfebre de la escritura”

Donde no te conozcan

Enrique Serrano

Seix Barral, Bogotá, 2007, 300 págs.

El lector tendrá que perdonarme, pero cualquier acercamiento mío a este libro tiene que pasar inevitable y vergonzosamente por una historia personal. Muy personal. Entre 1980 y 1986, cuando regresé al país, escribí una novela. Era una novela de tema medieval, ambientada en el siglo XI. En ella un monje, Lucio de Ragusa, emprendía un periplo más o menos involuntario, que tras las huellas de una doncella lo llevaba desde Europa hasta la América de Quetzacoatl y de Bochica. La pesadilla para intentar publicarla fue inacabable. Tras al menos dos años de vacilaciones, dos editores decidieron que no lo harían. Los lectores admiraron y alabaron algunas cosas y criticaron muchas otras. Según me dijeron los editores, aunque las diversas partes funcionaban, algo en el conjunto resultaba pesado y farragoso. Los conceptos fueron tan encontrados que van desde el del anónimo lector que juzgó que la novela era una recreación del mito de Tristán e Isolda, hasta el “definitivo” de Germán Espinosa, que era el gurú literario de la época, quien juzgó que era una puerilidad del

autor que no hubiera personaje femenino en una obra. Y no es un chiste. El hecho es que la novela era mala o el ambiente no estaba para novelas medievales, o ambas cosas.



Pues bien, cuando una década más tarde se publicó *Tamerlán* de Enrique Serrano, las cosas habían cambiado bastante. A partir más o menos de 1997, después de *Cartas cruzadas* de Darío Jaramillo Agudelo, probable punto de quiebre, aparecieron *Rosario Tijeras* de Jorge Franco Ramos y *Perder es cuestión de método* de Santiago Gamboa. Empezaron a venderse y a leerse novelas y, con ello, novelas históricas. En adelante, el ambiente de renacimiento dio hasta para novelas medievales.

Ahora sí voy a mi cuento, y es que considero a *Donde no te conozcan*, mucho más que a *Tamerlán*, como una hermana de sangre de mi propia novela. Ambas son novelas cultas, algunos dirían incluso eruditas. Ambas describen ambientes medievales, ambas tienen un vocabulario especializado. Mientras la mía tenía más rasgos de humor y abundaba en atrevidos anacronismos, la de Serrano es una novela mucho más madura, más sabia, con muy buenos colaboradores (al menos hay un escritor muy bueno entre los colaboradores de Serrano, Juan Esteban Constaín). La mía no intentaba demostrar nada, la de Serrano sí tiene pretensiones de demostrar una tesis general, la de repensar la historia del Descubrimiento de América como

un inmenso refugio para los judíos perseguidos en España, conversos o tornadizos.

Creo que hay en América muchos menos judíos que lo que esta novela pretende. Una sociedad tan cerrada e intolerante como la española no lo hubiera permitido. Como dice Pérez Reverte en *Limpieza de sangre*, era “un tiempo en que el odio a los judíos y a los herejes se consideraba complemento imprescindible de la fe”. La Inquisición tenía puestos los ojos en todo el mundo. Que los judíos hayan prosperado en Ámsterdam, en las riberas ignotas del Danubio, en Lublin o en los dominios del zar, pase, a pesar de los periódicos pogroms. América nunca fue un gran refugio. Lo que se cuenta aquí es cierto, pero en absoluto se trató de un fenómeno masivo. Al menos la de Serrano es una teoría más sostenible que la tan cacareada del origen judío de los antioqueños, que puede desvirtuarse fácilmente con simples constataciones históricas. En cualquier caso, la etnogenética del siglo XXI nos va a sacar de dudas, y con una precisión increíble, acerca del verdadero valor de todas estas hipótesis.

Desde la Gran Peste Negra hasta el Descubrimiento de América, del siglo XII al XV, Serrano nos pasea por el mundo de los judíos en España. En casi doscientos capítulos, todos ellos muy cortos, muy concisos, muy sabios, que funcionan como perfectas piezas de relojería... En el estilo, Serrano hace trampa, con muy buen resultado: el narrador es un colombiano del siglo XIX que escribe con pretensiones de autor de época. Es sentencioso y habla como un viejo sabio rabino que juzga a la especie humana entera.

Difícilmente puede encontrarse un libro mejor escrito que éste. Y sin embargo... Todo en este libro es de gran calidad. Y no obstante... Es todo un artificio verbal y su amplio vocabulario es toda una fiesta de la lengua. Pero... La estructura, el trasfondo histórico, las observaciones sobre el mundo, las sentencias filosóficas, todo delata a un orfebre de la escritura. Y la verdad es que no

puedo hablar mal de un libro que me resulta tan familiar. Ni más faltaba. Serrano es de los míos, sin duda. Si cada capítulo se lee como un cuento aparte o como un apólogo, este libro es simplemente maravilloso. Por otra parte, tengo que defender el lenguaje culto, las reflexiones lúcidas, las metáforas brillantes, las sentencias atractivas...

El “pero”... Sólo un defecto encuentro en este libro, después de tantas virtudes, pero es un defecto terrible. El conjunto resulta aburrido. Para algunos, incluso, es insostenible. Para no pecar de injusto, puse a cuatro amigos, lectores corrientes, inteligentes y cultos mas no especialistas, a leerlo. Hacia la página cien estaba desesperado el que más lejos avanzó. No era una sensación mía. A todos nos había aplastado el conjunto. Quizá se trate de lo mismo que hace que *La marca de España* sea para mí superior a *Tamerlán*. Pareciera que Serrano no debiera quedarse en una sola historia sino ir picando aquí y allá. El secreto para aburrir es decirlo todo, reza el aforismo. Todo se vuelve empalagoso, como el postre más exquisito, cuando es tomado en exceso. Como dice Conrado Zuluaga de algunos libros, a éste le sobran por lo menos cien páginas...



¿O no? Acaso si se recortara, si el lector no estuviera obligado a leerlo sino como se leen las *Mil y una noches*, ¿el resultado sería otro? Tal vez. La lectura de este libro me despierta sentimientos encontrados. Algún lector me dice que el tema judío es aburridor y no tan relevante en la historia como lo pretende Serrano. Pero debo aducir, entonces, que este libro está muy por encima del tonto lenguaje de turista ameri-

cano de las novelas judías de Noah Gordon. Por supuesto, esto es infinitamente superior a lo de Gordon. Evitemos, igualmente, el localismo de pensar que a un colombiano le están prohibidos temas históricos que no forman parte del que debería ser el mapa de sus preferencias. El único mundo de un escritor es el de los seres humanos que van a leerlo. Está bien que un colombiano escriba sobre esto. Siempre me pregunto por qué razón si un canadiense o un australiano deciden emprender una vuelta al mundo en un velero reciben ayuda de las autoridades portuarias del mundo entero, mientras que si es un colombiano el que lo hace, en el primer puerto le destrozan y le desguazan el velero en busca de droga.

Si no es el tema judío, ¿entonces qué es lo que ocurre? En las otras novelas de Serrano, aunque con diversos matices, sucede algo semejante a lo que ocurre en *Donde no te conozcan*. Mis lectores me dicen, no obstante, que la historia, o las múltiples historias de este libro, no les interesan, que *Tamerlán* podía ser menos creíble pero que mostraba un mundo más fácil de digerir que éste, y que les aburre sobremanera el tono sentencioso, el tono bíblico, y que sí, que la prosa es impecable, pero insoportable. Me pregunto, entonces, si el problema será el mismo medievalismo que aburrió a los lectores de mi viejo manuscrito. Imposible aducir que el tema medieval es aburrido por ser. Si leo a un historiador para dormirse de pie, como Kantorowicz, pase. Pero si leo *El nombre de la rosa*, no. Aunque este libro trae más a la memoria los nombres de Robert Graves y de László Passuth que el de Umberto Eco. Pero eso no lo hace mejor.

Mi juicio se queda vacilante. Al comenzar a leer este libro quería explayarme sobre el oficio de un escritor que está llevando la novela histórica en Colombia a un altísimo nivel. Aquí hay, si no un gran libro, sí un escritor de gran calidad. Pero eso ya lo sabíamos aquellos a los que nos gustaron sus trabajos anteriores. Finalmente, y a mi pesar, creo que

con esta novela tendré que quedarme en una sentencia de Edgar Allan Poe: “nos sentimos turbados por un vago sentimiento de que deberíamos admirarla, y a la vez estamos ciertos de que no la admiramos”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Un debut más

Sálvame, Joe Louis

Andrés Felipe Solano

Alfaguara, Bogotá, 2007, 243 págs.

No resulta fácil ser justo a la hora de comentar el debut literario de un joven novelista. En la mayoría de los casos, como es obvio, una primera novela está llena de limitaciones que resultan evidentes en su lectura y que revelan que, en muchos aspectos, el autor todavía es un aprendiz. Cuando se hacen lecturas retrospectivas de los debuts literarios de autores consagrados se tiende a perdonar esas deficiencias en nombre de lo que vino después y a ver la obra temprana como el germen auténtico de algo que se reveló más tarde. La lectura crítica de un novelista que acaba de debutar no permite ese recurso porque nadie sabe lo que vendrá después aunque, tal vez, una de las tareas del crítico sea tratar de adivinar lo que puede venir.

Muchas primeras novelas se parecen entre sí. Hay, naturalmente, excepciones, en las que el autor se revela desde el comienzo como un gran escritor. Pienso en Günter Grass que ya dio lo mejor de sí con *El tambor de hojalata* —que fue su debut novelístico aunque no literario— o en Mario Vargas Llosa, cuyo talento se encuentra ya revelado en *La ciudad y los perros*. Pero en la mayoría de los casos la primera novela suele ser un intento fallido, y desesperado, por entregar de una vez y para siempre una visión del mundo que no suele ser otra cosa que la típica visión sombría de los

adultos que no acaban de salir de la adolescencia y que deciden sentirse de regreso de todo cuando todavía no han ido a ninguna parte.

Dentro de este último tipo de novelas cabe clasificar *Sálvame, Joe Louis* de Andrés Felipe Solano, autor nacido en 1977 según la solapa del libro. Solano parece saber que los 30 años que tiene son casi una exageración para atribuírselos a su personaje central, Boris Manrique, que sólo tiene 22 años y que atraviesa la típica crisis de aquellos que se sienten obligados a ser adultos y no encuentran caminos para ello.



Manrique, tras estudiar seis semestres de arquitectura, se ha convertido en fotógrafo de una revista de sociedad y, de paso, tiene que responder también a las cartas que llegan al consultorio sentimental. Solano, sobre todo en las primeras páginas, intenta darle un carácter definido a Manrique. Nos lo muestra como un obseso por los años cincuenta que se define como alguien anticuado, como un ser hipocondriaco y al que el insomnio lo ha convertido en teledicto y como alguien con tendencia a la ludopatía, lo que le permite sentirse remotamente parecido a Dostoievski.

Esa hubiera sido, tal vez, una buena base para seguir contando la historia, pero en el desarrollo posterior de la novela el comportamiento de Manrique rara vez corresponde al carácter que intentó dársele al comienzo. La cuestión es tan extrema que se tiene la sensación de que Solano abandonase un proyecto inicial para embarcarse en otro que gira en torno a una historia de amor entre